

Conferencia de Unamuno en Valencia

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

"La educación nacional"

ER

LA AUTONOMIA CATALANA



6.57

Este fué el tema de la conferencia que dió en el Ateneo Mercantil el sabio catedrático D. Miguel de Unamuno.

El local estaba totalmente ocupado por una multitud en la que figuraban representaciones de todos los elementos de la ciudad. Asistió también el capitán general Sr. Muñoz Cobos.

El presidente del Ateneo pronunció unas frases elogiando al conferenciante.

He aquí un amplio extracto de la hermosa conferencia:

«Señores socios del Ateneo: es decir: señores merenderos de la ciudad de Valencia:

A los señalados, no para dirigir, sino para despertar a la opinión, no nos es posible escoger tema para nuestras conferencias. Nos lo da impuesto la realidad o, si queréis, la moda política. No podemos, pues, tratar sino de una cuestión que es urgente e inaplazable, según él Sr. Carabó.

(Risas.)

Las que llamamos izquierdas españolas, se han declarado, no autonomistas, sino catalanistas; y no por ideas, sino por cuestión de táctica. Lo mismo que cuando, siendo antimitaristas, adulan al Ejército.

La tradición republicana española es unitaria. La República murió por causa del federalismo. Hoy todos son federales, sin saber acaso lo que esto sea.

Dícese que el pleito de la autonomía debe resolverse en paz y armonía. No lo creo ni lo desco tampoco. Debe resolverse en discordia, y espero que así se resolverá.

De mí se dice que suelo envenenar las cuestiones. Eflo es natural, porque hay gentes para quienes la verdad es un veneno. (Risas y grandes aplausos.) No esperéis que hable en esos términos patrióticos de vacua oratoria.

El Sr. Maurá dice que la patria es el lugar donde se nace—y como si se fuera de donde se nace—, y, por lo tanto, no se escoge. No es madre la paridora, como no lo es la que ceba sus hijos al Hospital. La patria no es madre, sino esposa con la que se engendran hijos, o hermana con la que los educamos, y hay que tratarla virilmente, a veces duramente, como a una esposa o una hermana.

Cuando los catalanistas huyeron del Parlamento dijeron que allí habían ido, no a discutir, sino a que se reconociera el hecho de la nacionalidad catalana. No querían debates, porque los hechos se aceptan o no.

Nos tachan a los demás españoles de incomprensión, «La Voz», que los todos los días, en un artículo reciente decía que los políticos de la meseta no evolucionan y que Viriato sigue rigiendo la política española.

Esto, en sí, no es un reproche, porque a veces Viriato es más moderna que Jaime de Aragón.

(Aplausos y risas.)

No sobra ciertamente comprensión a los gentes de tierra adentro; pero los catalanes pecan por pedantería.

Lo que en realidad ocurre es que los gentes, más que no comprender, lo que hacen es no congeniar, no tener comunidad de sentimientos.

Dicen que Cataluña es nación. Y esto es más que un hecho: es un concepto. Porque nación es un concepto geográfico, político y espiritual.

En Castilla llaman ciego de nación al que lo es de nacimiento. En la antigua fraseología de Salamanca se llamaba estudiantes de la nación andaluza, aragonesa, etc., a los que iban de aquellas tierras.

Nación es un sentimiento común, no algo tradicional. ¡Desgraciado del que fia su presente en el pasado y pone su esperanza en las tumbas cuando hay que convertirlas en cunas para los que han de venir!

(Grandes aplausos.)

Nación es una cultura, y, sobre todo, una lengua. El punto más grave no es una cuestión de oraciones, sino de espíritu, de ese descontentamiento íntimo que culmina en un sentimiento lingüístico.

Francisco Manuel de Melo, aquel escritor portugués que escribió la historia catalana en los tiempos de Felipe IV, llamaba castellanos a los que peleaban contra Cataluña. Castilla luchó con Cataluña, pero no supo asimilársela. Desde el Corpus de sangre, cuando nacieron «Los Segadores», con su «bon cop de feix», hasta ahora, no se ha asimilado. Hubo intereses comunes, pero no se fundieron. Algo así como el aceite en el agua.

La lengua de Cataluña—y proscribiendo de la ridícula cuestión de si es lengua o dialecto— culminó en el siglo XV, como lengua de cultura, y descendió a lengua casera hacia el siglo XVIII; es decir: los siglos de la Reforma del Renacimiento y la Revolución, que no ejercieron allí influencia. Así llegó al siglo XIX con la vida del XV, con una vida medieval. Vino entonces el renacimiento de la lengua con Rubió y Ors y Buenaventura Vidal, los cuales buscaron la personalidad colectiva, aunque en orden literario. Nosotros, los vascos, tenemos el castellano por derecho de conquista, y es ya tan nuestro como de quienes lo inventaron. En castellano realizó Legazpi sus magnas empresas, y, aunque os parezca mal, en castellano llevó su ideal por el mundo Ignacio de Loyola.

(Ovación.)

La Marsellesa se cantó en francés cuando allí se hablaba el provenzal. Gambetta, Jourés y otros hombres famosos, eran provenzales, y en francés desarrollaron sus ideales. En castellano se expresaron Piñero, Balmes y Pi y Margall. Se dice que no pudieron desenvolver con toda libertad su pensamiento. Acaso no fué por eso...

(Risas.)

A los vascos no nos ocurre eso. Allí hay un renacimiento de Gabinete. Y les suelo decir: «Tenéis una espina dorsal vulnerable con que defendiéronse vuestros abuelos. Guardadla, pero defendéds con el maitxar.»

(Risas.)

Y es que debajo de todo esto no hay separatismo, sino separación. Aquello es una idea. Esto es un hecho.

Los ingleses llaman a los norteamericanos «nuestros hermanos de sangre». No sangre fisiológica, sino espiritual, quieren decir. Y es que el Océano separa mucho menos que separa una lengua. América es española, y sea cual fuere la suerte de Filipinas, el último pensamiento de Rizal, asesinado por nosotros, fué castellano.

(Ovación.)

Los catalanistas quieren rescatar el alma que vendieron por un plato de lentejas. Hoy, si pueden, rescatarán el alma, sin dejar las lentejas. (Risas.) Y en caso de opción abandonarían el alma.

El presidente de la Mancomunidad, que es un político de los más reaccionarios, al entregar el reciente Mensaje, dijo que sobre la enseñanza no admitían modificación alguna. ¿Cómo obligar a un estudiante aragonés o castellano a que aprenda el catalán y estudie en catalán?

Ya se advierte la diferencia entre natural y vecino. El alcalde de Bilbao ya se dirigió al rey en nombre de los naturales y no de

los vecinos. ¡Como si en catalán no representase a todos los vecinos!

El catalán es lengua internacional. El Sr. Cambó, en su último discurso del teatro del Bosque, dijo que su lengua se expandía. Se piensa ya en el irredentismo y debéis meditar si es que no se piensa en conquistar Valencia.

En cuanto a vuestra lengua, comparad el lemosín conceptuoso y retorcido de Ausias March y el castellano de las novelas de Blasco Ibáñez y las rimas de Wenceslao Querol, con más jugo que vuestras naranjas. (Grandes aplausos.)

Galicia está llena de escuelas privadas, que fundaron los gallegos que lograron hacer fortuna en América. No han impuesto en ellas más que el latín y el francés. A nadie se le ocurrió imponer la enseñanza del gallego. «Queremos—dicen—educar a nuestros hijos para que puedan vivir fuera.»

En Vizcaya ningún padre toleraría que torturasen a su hijo con la enseñanza del vasco.

El gran Maragall, cuyo nombre no quiero repetir porque podría salir en mi voz, dijo: «Por en la meua lengua, on Patre, massa.» No sé si se habla demasiado. Lo malo es no saber lo que se habla. A Cataluña nada se le ha dicho en castellano. El «Institut d'Estudis Catalans» ha comenzado a publicar un manual de la liturgia católica. (Risas.) Y un cura de mi pueblo dijo que el castellano es el vehículo del liberalismo.

(Risas.)

La cuestión de hecho es de divorcio espiritual, no de nacionalidad oprimida.

En España nos sentimos todos oprimidos. Cataluña siente más la opresión, porque tiene más vivo el espíritu de ciudadanía.

Como en los dispendios matrimoniales no hay otro remedio que la separación. Cuando dos almas no pueden vivir en un cuerpo, lo mejor es que se separen. Pero esa separación de Cataluña es algo así como un matrimonio que, separado, tiene intereses que defender y sigue rigiendo la tienda. Cataluña podrá ser un gran bazar.

(Risas y aplausos.)

La época más negra fué la de la Regencia habsburguesa. Entonces perdíamos Cuba; pero allí se habla el castellano y Cuba sigue siendo española.

La idea de nacionalidad tiene dos fuentes: la alemana y la de los países libres. La primera se funda en la fatalidad, que es la tradición, y la otra en el libre consentimiento, el pacto, que inició Rousseau y acogió Pi y Margall. Pero ese pacto no es en forma de tienda o bazar.

Se habla de la unidad en la variedad. No hay país unido, donde no haya una sola lengua.

No se habla de federación, sino de confederación. En la federación el Poder central delega determinadas facultades. En la confederación son los Estados soberanos quienes delegan en el Poder central. Se divide que cuantos son federales tienden a la unidad, ejemplo: los Estados Unidos. Lo contrario es un caso teatológico.

Norteamérica no posee más que una lengua: por eso es patria, Suiza no lo es; Bélgica acaso lo sea ahora, después que los dolores de la guerra fundieron sentimientos de flamencos y valones.

California, en cierta ocasión, legisló contra los japoneses, y éstos reclamaron a los Estados Unidos. La respuesta expresaba que siendo cantón California, legislabo libremente; entonces aquellos amestazaron con romper las hostilidades si subsistía el acuerdo.

Aquí puede surgir un conflicto con los «maketos», con los forasteros; por eso los catalanistas delegan en el Estado dos cuestiones: la social y la del Ejército. ¿Por qué? Por su temor a los sindicalistas, y por ello buscan el amparo del Ejército español.

(Aplausos.)

Lo supremo es la autonomía individual; después, la del Municipio, célula más viva que la de la región.

Pero el hecho existe: hay una separación; ésta no significa la derrota de Castilla, sino del ideal de España como reino. Llegó después el descubrimiento de América, de tal suerte, que cuando la guerra de la Independencia al ocurrir las vergiezas de Fernando VII y separarse de nuestra nación algunas colonias americanas, alegaron su dependencia sólo de la corona real. Cuando vino a España el hijo del rey Hernando y do Juana la loca, la nación se vió arrastrada contra la Reforma, como después entró en la Santa Alianza.

Aquí no hubo Resuciamiento, Reforma ni Revolución. Esta unifica y asimila, como aconteció en Francia.

El gran republicano Mazzini era unitario, porque la federación de Italia con el papa, por el presidente, hubiera tenido que ver. (Aplausos.)

Hace pocos el Sr. Pini y Cadafalch pedía al rey de Italia que cadaqués a Bonedato un puesto en la Conferencia de la Paz, de ser libres, acaso los catalanistas formarían un ejército de almogávares para derrotarle. (Grandes risas.)

En Francia no hay más cuestión nacionalista, digase lo que se quiera, que en el orden puramente especulativo de alguna intelectualidad.

Los catalanes hicieron firmar un documento pidiendo la enseñanza del catalán a sus peñeros que lucharon en las trincheras: ni un solo soldado de Provenza o Cerdania hizo semejante demanda. El mariscal Joffre se opondría también por su carácter eminentemente revolucionario.

«República! Mancomunidad! Cataluña!» decía el Sr. Cambó negando la existencia de izquierdas o derechas.

Imperios federales eran Austria y Alemania: la primera no podía sostenerse por ser un cuerpo con muchas almas. Y esa descentralización muchas veces no significa más que un desecalamiento; es decir: matar una oligarquía para crear otras.

Pero ya está rota la unidad nacional. Siendo hoy un hecho la separación, hay que aceptarla. Vendrá la guerra civil aunque no sea a tiros. Esto es consecuencia de la actitud del reino de España en la conflagración mundial. No quiso internacionalizarse, y se disuelve.

(Grandes aplausos y vivas a la República.)

Hemos vivido en la vergieza de una neutralidad, que no era más que una alianza clandestina, por la que se esperaba que el káiser nos diera Tánger, Portugal y Marruecos, como prometió en un autógrafo que al guich hubo de recibir. (Risas y aplausos.)

No se ha querido hacer nación y no la hay. Y como no existe, no podemos ir a la Sociedad de Naciones.

El canciller conde de Romanones fué a París para pedir un indulto, y Clemenceau, el hombre de férrea voluntad, le dijo que el presente y el porvenir tienen sus raíces en el pasado. Es ese pasado henchido del espíritu de un Carlos II el Hechizado y un Fernando VII el Abyecto. (Ovación estruendosa.)

¡Y habla el Sr. Cambó de una España grande! Tal como ellos la desean sería un gran bazar, no una patria. Esta sólo puede hacerse con un instrumento internacional: la lengua.

Vuestros, barrenderos más de un español más amplio que los fabricantes.

La lengua puede no ser útil para hacer productos, pero es necesaria para venderlos.

Como delegan en el Estado la dirección del Ejército y la cuestión social, le dejan también la moneda; la moneda material, no la espiritual.

Vuestros muebles, vuestras naranjas, vuestras cebollas, vuestra alfarería, tendréis que exportarlos en castellano, o si queréis, en inglés o en francés; no en catalán.

Aunque Anero, en una de sus rimas inditas escritas desde Madrid, hablaba de «la canción de amar en el materno idioma», cuando compuso las cartas a su madre las escribió en otro idioma.

¡Y aun vinieron recientemente a conquistarnos hablandos en catalán!

(Una voz: Y no les dejamos.)

Yo, que quiero que conquistéis, os hablo en castellano. Esta será vuestra lengua de conquista.

(Aplausos.)

Si queréis, no obstante, recrearos, como un fakir, en la contemplación de vuestro ombiligo, podéis resucitar el lemosín.

(Grandes risas.)

Eso sería empujarnos a Valencia a costa de España.

(Aplausos.)

Otras cosas hay más urgentes. Son prepararse para entrar en la Liga de las Naciones, borrar las vergiezas de estos cuatro años y barrer a los culpables, desde el más bajo hasta el más alto.

El pasado es la escoria, perfectamente simbolizada en El Escorial. Y hay que abrir las cunetas de la nueva vida en España y cerrar las tumbas de El Escorial para que no puedan salir de ellas jamás los Habsburgos y los Borbones.

La multitud, puesta de pie, aclama al ilustre pensador durante largo rato.

Algunos vitorean a los aliados y a la República, y el entusiasmo se mantiene vivo por espacio de algunos minutos.

El Sr. Unamuno es felicitado efusivamente.

